



Vivir para contarla, Gabriel García Márquez Editorial Sudamericana. 579 páginas

VIVIR PARA ESCUCHARLA

Por Pablo Araujo

El débil epígrafe del inicio *La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla*, resuelve, sin embargo, por qué el título del libro no fue *Vivir para contarla*, por qué asimismo está escrito en primera persona y, por tratarse además de las memorias de Gabriel García Márquez, nos augura 600 veloces páginas que prestarán menos autobiografía que literatura. Es muy probable que este sublime ejercicio de claridad y eficacia a punta de corrección obsesiva su editor recibió no menos de 400 correcciones en tres meses: nos transforme de alguna manera. Es ésta una obra que se escucha. El autor ha logrado sentarse al lado nuestro, ha acercado una cerveza helada y nos encontramos de repente en sus noches inverosímiles de liceo donde se compartía a Thomas Mann en voz alta, tan ansiosos y expectantes como sus tempranos compañeros.

Confieso un depravado titular con el que bromecía cuando me pasaron este primer tomo de sus memorias: *Autobombo en Aracataca* deja varias víctimas entre los lectores del continente. Por el contrario, en vez de la humilde tentación del narcisismo me topé con la saludable enfermedad de dos personalidades demasiado notorias como para convivir sin tregua: la del periodista y la del novelista. El reportaje que solamente él podría

haber hecho del escritor. La novela escrita por el Premio Nobel para honrar al abogado que nunca fue; para cumplir también con los perdonables compañeros de redacción del diario *El Espectador*, que sólo de a ratos lo adivinaban inmortal. Para recoger quizás con su letra la excelencia irresponsable de *Relato de un Náufrago*. García Márquez es su propio entrevistado, la persona de su novela y el personaje de su crónica, encandilado al fin por su propia fama, tal como alguna vez padeciera la de Clinton o Shakira, compatriota a quien rescató por un instante del desolador MTV como "barraquillera de hueso colorado".

Y es al propio autor navegando hacia sus pueblos, desandando escenarios de sus propias novelas y cuentos, a quien seguimos entre calor y mosquitos como al guía fantásticamente apropiado para conocer el país del realismo mágico. No es que su vida y su obra se entretrejan, sino que hasta allí su obra es su vida, y ni siquiera en el sentido de Malraux, sino que en el caso de Márquez su realidad debe ser inseparable de su realidad mágica porque simplemente ésta la cuenta mejor que nada. Primero nos deliene el presente en el pasado inicial de *Vivir para contarla* y eleva a clásico este retorno a Macondo, acompañado de Luisa Santiago, su madre. Allí nos

aturde hasta las lágrimas filmándonos el sagrado silencio que siempre rodea a una madre junto a su hijo cuando los acosa por igual el miedo a la vida. Vivir también para contarla, madre.

Luego nos capturará con un gigantesco fresco de Colombia hasta 1957. Y en honor a la fluidez, impedirá que la pregunta entre el reportero y el novelista crezca más que las palabras. Algunas partes me supieron, sin embargo, insólita y perturbadoramente naíves. Como ejemplo: "los redactores corrimos a nuestros puestos de combate". Aunque es muy atrevido su fragor infantil, con el que nos hace sensibles a sus testimonios descorazonados, desde las pequeñas frustraciones que describe en el periodismo a la perplejidad desgarradora de presenciar una madre identificando a su niño en la morgue como resultado de una investigación suya - cosa que lo alzó enhorabuena y para siempre de la crónica roja -, resultan algunos excesos de incómoda digestión. Su relación entre *El Otoño del Patriarca* y el tercer concierto para piano de Bela Bartók me sabe más a *god complex* que a otra cosa, aunque mi competencia sobre el tema abarca tan sólo un ensayo de Julien Benda, que creía conculcante sobre la música y sus efectos alienantes en la escritura, y no da como para ufanarse.

Creo que García Márquez logró

vencer a su cáncer porque tenía o inventó un motivo poderoso para seguir con vida, tenía que vivir para poder contarla. Bendita sea, entonces, en este caso la derrotada enfermedad. El segundo volumen estaría muy avanzado. A 20 años desde que recibió el Nobel, este colombiano sigue corrigiendo infatigablemente. Y no está dispuesto a ocultar ese esfuerzo para parecer más inteligente. A los 75 años su mensaje no debería pasar inadvertido: un escritor de talento innegable no sirve de nada si no trabaja muy pero muy duro. En su caso hubiera sido ocultar su vida, ocultar las penurias que debió doblegar para poder llegar a ser Gabriel García Márquez, y poder llegar a todos.



Vivir para escucharla [artículo] Pablo Araujo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Araujo, Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vivir para escucharla [artículo] Pablo Araujo. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile